

A 60 años de su fundación

El Ballet Nacional de Cuba

Por LAURA DOMINGO AGÜERO

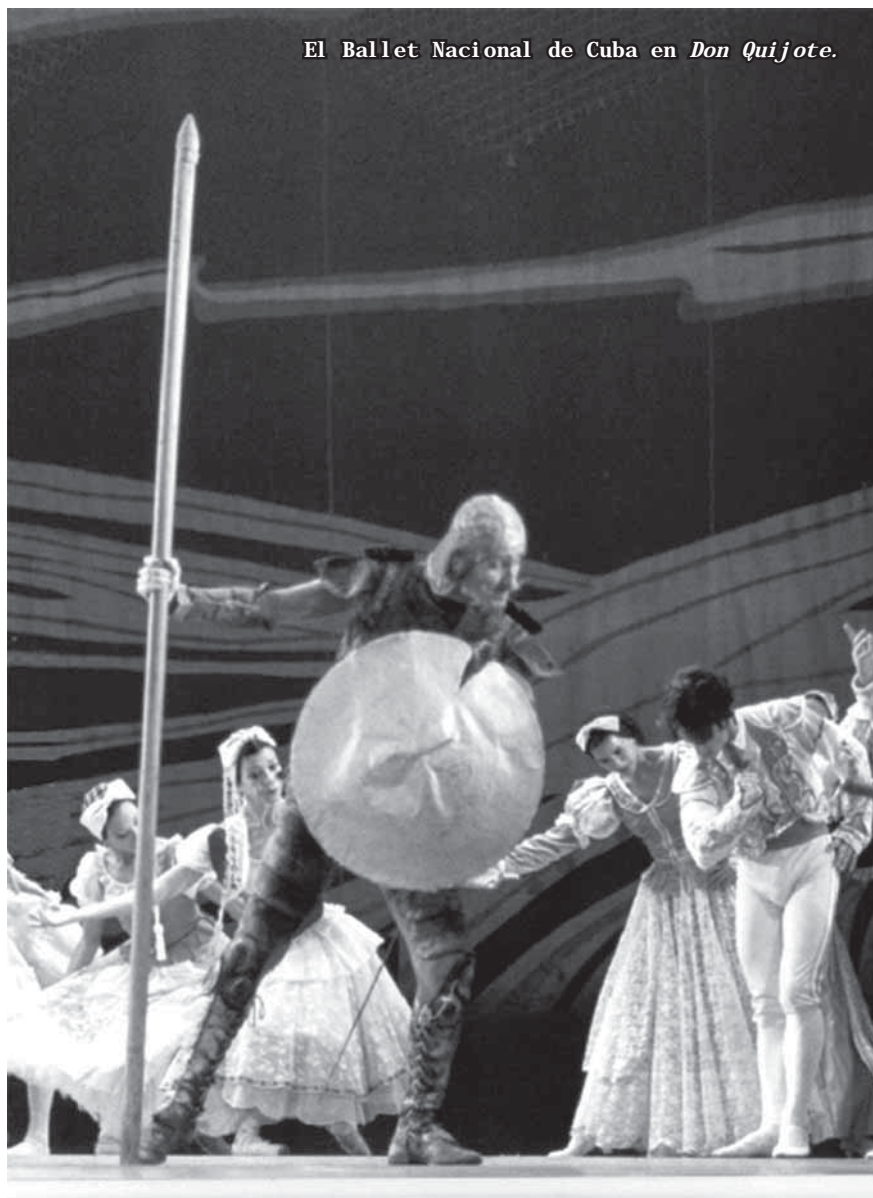
En Cuba el baile ha permanecido siempre estrechamente ligado a la vida común de sus habitantes. Los cubanos somos una mezcla de razas y de ritmos y es por esto que la danza escénica ha estado presente en nuestro ambiente cultural desde fecha tan temprana como el siglo XVIII. A partir de entonces comenzamos a recibir las primeras visitas de compañías danzarias que se presentaron en la capital y otras localidades del país. El ballet, surgido en los salones más aristocráticos de Italia y codificado en Francia, llegó a nuestro territorio impulsado por excelsas intérpretes como la bailarina austríaca Fanny Elssler, una de las más famosas representantes del estilo romántico en Europa. Ya en el siglo XX pudo admirarse a Anna Pavlova, mito del ballet ruso y universal, y a Isadora Duncan, una de las precursoras de la danza moderna y contemporánea en los Estados Unidos.

La gestación de un proyecto de ballet profesional en Cuba ha estado ligado a tres nombres fundamentales: Alicia, Fernando y Alberto Alonso. Ellos coincidieron, cuando todavía eran muy jóvenes, en la Sociedad Pro-Arte Musical de La Habana y pronto forjaron una estrecha amistad. Una vez realizadas sus primeras funciones de ballet, experimentaron el deseo de llegar a ser bailarines profesionales; pero este sueño resultaba casi imposible de alcanzar en el limitado ambiente de la Isla, por lo cual decidieron continuar su desarrollo artístico en el exterior. Alicia y Fernando viajaron a Estados Unidos, donde establecieron contactos con extraordinarios profesores como el italiano Enrico Zanfretta, antigua figura de la Scala de Milán y Alexandra Fedórova, formada en la Escuela Imperial de San Petersburgo y antigua solista del Teatro Marinsky.

Con ellos comenzaron sus primeras lecciones de rigor en el ballet.

Las comedias musicales de Broadway fueron el escenario de sus inicios profesionales y allí entablaron relación, entre otros, con Nora Kaye, Jerome Robbins y Donald Saddler, quienes más

tarde serían sus compañeros en el American Ballet Theatre. Con posterioridad Alicia y Fernando Alonso entraron a formar parte del American Ballet Caravan, una de las más importantes compañías de ese país, y más tarde del American Ballet Theatre.



El Ballet Nacional de Cuba en *Don Quijote*.

“Allí completé mi desarrollo artístico – nos dice Alicia Alonso en su libro *Diálogos con la danza*– y fui ascendida a la categoría de “estrella” en el ballet internacional. Tuve el honor de trabajar directamente con una personalidad de la relevancia de Mijaíl Fokin; me encontré nuevamente con Massine, con quien por fin bailé *Capricho español*; trabajé intensamente con Anthony Tudor, George Balanchine, Agnes de Mille y tantos otros coreógrafos.”

A medida que se consagraba como bailarina en un país extranjero, mostraba un modo diferente de expresar la danza, de moverse e interpretar los estilos, y de esta particularidad se percató también Fernando Alonso. El haber estado rodeados de disímiles artistas y la constante confrontación de métodos de estudio de otras escuelas de ballet ya existentes como la rusa, les permitió vislumbrar los cimientos de la escuela cubana de ballet.

Este interés por el estudio avanzó a la par del deseo de fundar una compañía de ballet en su país natal, meta que alcanzaron el 28 de octubre de 1948 con el surgimiento del Ballet Alicia Alonso.

A causa de la carencia de bailarines cubanos, la mayor parte de los integrantes del elenco en aquellos momentos provenía de la agrupación norteamericana. Alicia y Fernando aportaron las experiencias y los conocimientos adquiridos en los Estados Unidos, así como la maestría alcanzada gracias a la estrecha relación mantenida con bailarines, coreógrafos, músicos y demás artistas.

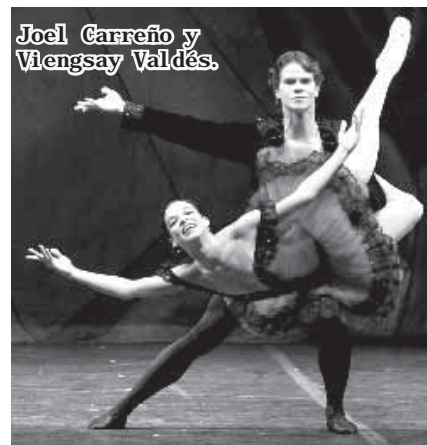
El repertorio inicial de la Compañía incluía títulos como *Giselle*, *El lago de los cisnes*, *Coppelia*, *Las bodas de Aurora*, *Las sílfides* y *La fille mal gardée*, entre otros. Era evidente la presencia de obras románticas y clásicas, las coreografías de Alberto Alonso que pretendían relacionar el ballet con nuestras raíces culturales y las provenientes del renovador movimiento de los ballets rusos de Serguéi de Diaghilev.

Las primeras giras internacionales del Ballet Alicia Alonso incluyeron a casi todo el continente latinoamericano. Se estrenaron nuevas coreografías

y la crítica especializada reconoció, a su paso por estos países, la alta calidad de sus presentaciones.

Pero la favorable casualidad de que el American Ballet, de donde procedían los bailarines, cesara sus funciones durante un año, llegaba a su fin, por lo cual se hizo necesaria la inminente fundación de un centro que impulsara a los talentos cubanos. Fue por eso que en 1950 abrió sus puertas la Academia Nacional de Ballet Alicia Alonso.

A partir de entonces se fueron gestando las bases metodológicas de la **escuela** cubana. Por ser la última en surgir, debió nutrirse de sus antecesoras: la italiana, hoy considerada una escuela extinguida, la francesa, la danesa, la inglesa y la rusa, y adaptar sus principios a las características físicas de los cubanos y a su sensibilidad musical y rítmica, sin dejarse influenciar por



falsos criterios de homogeneidad, así como de discriminación racial. Incluso algunos rasgos peculiares como las caderas anchas de las mujeres fueron aprovechados por tomarse en cuenta que favorecían las extensiones de las piernas.

Es importante aclarar el significado del concepto de **escuela**, que difiere del edificio académico en el cual se forman los estudiantes y que también denominamos academia. Escuela hace referencia a un modo de moverse que es homogéneo a varias generaciones de bailarines e incluye las características culturales de un país o territorio, una base científico-metodológica y el establecimiento de sus cánones de forma

análoga por todos los maestros. En la actualidad se pueden encontrar diversas academias de ballet en el mundo, pero sólo existen las **escuelas** antes mencionadas. En Estados Unidos existe una forma especial de bailar y hay excelentes compañías, pero no se puede definir aún una escuela norteamericana.

El proyecto artístico de esta compañía estuvo a punto de sucumbir cuando la dictadura de Batista le retiró la subvención que recibía. Ante esta situación tuvo que disolverse la agrupación profesional y sólo logró proseguir la academia de enseñanza. Alicia y Fernando marcharon entonces a la Unión Soviética para continuar su carrera.

Al triunfar la revolución, en 1959, se abrió un nuevo camino para los amantes de este arte, y en 1960 quedó organizado el Ballet Nacional de Cuba (BNC), con el respaldo del gobierno. Dos años más tarde surgió la Escuela Nacional de Ballet (ENB), que garantizó en lo adelante la cantera de bailarines formados con un mismo método de enseñanza. Refiriéndose a esta etapa fundacional y a sus primeras experiencias como maestro, Fernando Alonso ha comentado: “Me agradaba que cada una de las muchachas tuviera sus características. El parecido con el estilo de Alicia fue inconsciente, porque cada una debía expresar la danza de un modo particular.”

Con posterioridad, el ya constituido Ballet Nacional realizó las primeras giras nacionales e internacionales y mostró sus aires renovadores. Llevaba consigo en ese momento a seis jóvenes muchachas que más adelante encarnarían la consagración del estilo cubano y llevarían adelante su desarrollo: Loipa Araújo, Aurora Bosch, Josefina Méndez, Mirta Plá, Margarita y Ramona de Saá, esta última directora en la actualidad de la ENB. En 1964 en el I Concurso de Ballet de Varna, en Bulgaria, participaron algunas de ellas. Su impactante actuación motivó que el crítico inglés, Arnold Haskell se refiriera de este modo al fenómeno que llamó “el milagro cubano”: “Los nombres de sus bailarines fueron familiares a todos, no solo como bailarines individuales, sino como representantes de una nueva



Miguel Ángel Blanco y Sadafise Arencibia.

escuela: la cubana.” Sin embargo, lo que más asombró a Haskell fue el nivel técnico de Loipa, Aurora, Josefina y Mirta, exponentes de una nueva forma no conocida de expresar el ballet. Luego ellas mismas serían llamadas “Las joyas del ballet cubano”.

En 1966 el BNC se presentó en el IV Festival Internacional de la Danza de París, donde se le confirió el Gran Prix de la Ville a Alicia Alonso. Como consecuencia de esta serie de éxitos la compañía fue reconocida y admitida entre las de más alto rango internacional.

En 1968 continuó sus exitosas presentaciones en México, Bélgica, Holanda y España. En 1970 el Festival de la Danza de París otorgó nuevamente el Gran Prix a Alicia, pero esta vez incluyó también a toda la Compañía. A raíz de este suceso aparecieron elogiosos artículos y reseñas en diarios franceses, que repercutieron en publicaciones de otras partes del mundo. A partir de entonces, los más disímiles escenarios han acogido a la delegación cubana, entre ellos, en fecha reciente, uno montado al aire libre frente a las Pirámides de Egipto.

Los Festivales Internacionales de Ballet de La Habana, que se realizan desde 1960, han contado con la presencia de destacados bailarines, compañías, críticos de arte y amantes de la danza en general. La mayoría de ellos reconoce en estos eventos, ahora con frecuencia bianual, una cálida acogida que es difícil encontrar en otros de su tipo. Con carácter no competitivo, también propicia un acercamiento al proceso de desarrollo que continúa teniendo

el ballet en nuestro país. El del presente año, próximo a realizarse en el mes de octubre, conmemorará de un modo especial el sexagésimo aniversario del BNC.

En 1963 el Instituto Cubano del Arte e Industria Cinematográficos y el BNC prepararon, bajo el guión y la dirección general de Enrique Pineda Barnet,

la filmación del ballet *Giselle*. El elenco estuvo integrado por Alicia Alonso en el papel principal junto a Azari Plietski como Albrecht y Fernando Alonso como el guardabosques Hilarión. También actuaron, entre otros, Josefina Méndez, Mirta Plá, Laura Alonso y Aurora Bosch. Después han sido filmados además, diferentes ballets de la compañía.

La labor coreográfica cubana se ha mantenido activa no sólo gracias al trabajo de Alicia y de Alberto Alonso, considerado el primer coreógrafo de ballets propiamente cubanos y de Carmen, obra que ha devenido un emblema del Ballet Nacional. Dignos representantes de este desarrollo han sido también Alberto Méndez, Iván Tenorio, Gustavo Herrera y más recientemente, Eduardo Blanco, los cuales han mantenido un punto convergente en la búsqueda de nuestras raíces culturales. Junto a ellos han colaborado en determinadas ocasiones nuestros mejores músicos y artistas plásticos, en la creación de imperecederas coreografías. Ejemplo de esto son las obras: *Dioné*, primer ballet clásico creado por un compositor cubano: Eduardo Sánchez de Fuentes, y *Antes del alba*, que contó con escenografía elaborada por el pintor Carlos Enríquez.

La revista *Cuba en el ballet*, fundada en 1970, ha sido una excelente promotora de este arte y del progreso del BNC, así como de las relaciones entre la literatura, la música, las artes plásticas con la danza.

En esta publicación han colaborado destacados críticos, poetas y escritores en general, como José Lezama Lima,

Alejo Carpentier y Fina García Marruz.

Las filas de la Compañía se renuevan con bastante frecuencia, pero mantienen en alto el nivel y el prestigio de esta institución. La causa de esa estabilidad se encuentra en la escuela, en el período estudiantil en el cual los estudiantes constatan la fortaleza de nuestra metodología. Esto se ha podido apreciar en los Concursos Internacionales de Ballet de Varna, Lausana, Shangai y Jackson, así como los que se realizan cada dos años en nuestra capital, en los que se han destacado las jóvenes generaciones.

El maestro Fernando Alonso, recientemente acreedor al premio Benois de la Danza, llamado el Oscar del ballet, continúa visitando con asiduidad los salones de la ENB para enseñar a alumnos y profesores, labor a la que ha consagrado su vida. En cierta ocasión, rememorando una de las anécdotas referentes a la calidad del cuerpo de baile del BNC, expresó: “una vez Maurice Béjart -director hasta su fallecimiento del Ballet del Siglo XX-, sentado a mi lado en una función, me dijo: “Fernando, este cuerpo de baile es asqueroso”⁽¹⁾. Se quedó muy impresionado y me felicitó.”

Cada vez son más los países que demandan la presencia del BNC. A pesar del trabajo incansable que lleva a cabo en el exterior, las temporadas de presentación en La Habana y demás ciudades del país mantienen la misma frecuencia y su alta calidad. El ballet, no ha dejado de ser parte del deleite de los cubanos, como lo atestigua la multitud de personas que acuden a los teatros.

Fue ese precisamente el deseo supremo de sus fundadores y deberá seguir siendo la razón del esfuerzo diario de los integrantes de una de las instituciones más enaltecedoras de Cuba: el Ballet Nacional.



(1) Este término es usado ocasionalmente en el ballet como sinónimo de perfección.